

Se busca la identidad y la reputación: intelectuales liberales anticomunistas en los EU durante los años cincuenta*

Avital H. Bloch

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD DE COLIMA

A través de la organización denominada American Committee for Cultural Freedom (Comité Norteamericano para la Libertad Cultural), en este artículo se estudia el liberalismo intelectual de Estados Unidos y su estructuración alrededor del renovado anticomunismo de los años cincuenta.

A finales de los años treinta, en Estados Unidos surgió una corriente de pensamiento liberal que se opuso a la mentalidad del Frente Popular Antifascista, tendiente al comunismo soviético. Mientras que la mayoría de los liberales y partidarios de la izquierda simpatizaban con el comunismo en ese momento y lo veían como una fuerza en contra del fascismo, algunos intelectuales trotskistas antiestalinistas y marxistas des-

radicalizados, articulaban una nueva idea que contradecía esa tendencia. Ellos pensaban que el comunismo y el fascismo no diferían sino que, por el contrario, se hermanaban en el "totalitarismo", y que, como sistemas políticos, tanto el comunismo como el fascismo se erguían contra la democracia, la libre cultura y las libertades individuales.

Más particularmente, el régimen totalitario ejemplificado por el estalinismo en la Unión Soviética comunista, fue el peor símbolo de los males políticos para estos individuos y lo colocaron en el centro de su crítica.

* Traducción de Servando Ortoll con la colaboración de Rubén Carrillo Ruiz.

La organización que fundaron en 1939 para romper la influencia del Frente en la comunidad intelectual, fue el Committee of Cultural Freedom (Comité de Libertad Cultural: CCF). Antiestalinista, antitotalitario y anticomunista, el grupo continuó su activismo vigoroso aun después del colapso del Frente como resultado de la segunda guerra mundial. Los líderes del Comité creían que los comunistas debían ser desenmascarados para ser derrotados, porque su amenaza persistía.¹

Los años de posguerra, sin embargo, caracterizados por la guerra fría y la división del mundo entre democracia y totalitarismo comunistas, originaron una nueva era de anticomunismo y liberalismo norteamericanos. Una nueva organización se fundó en nombre del liberalismo anticomunista para suceder al CCF y combatir el totalitarismo; la nueva asociación se convirtió en el grupo central de los liberales anticomunistas en Estados Unidos durante la primera mitad de los años cincuenta. A través de este grupo se puede entender mejor el liberalismo intelectual anticomunista de este periodo.

El American Committee for Cultural Freedom (Comité Norteamericano para la Libertad Cultural: ACCF) se estructuró en 1951 como miembro principal del Congress for Cultural Freedom (Congreso para la Libertad Cultural: CCF)—una organización confederada, activa en Europa y fundada un año atrás— y como su punta de lanza de la lucha anticomunista en el

país.² Ambas organizaciones se fundaron bajo el concepto de “libertad cultural”, que sus líderes solían describir como la libertad para involucrarse en actividades intelectuales sin contemplar la amenaza totalitaria. De acuerdo con la atmósfera anticomunista de la guerra fría —prevaliente entre estos intelectuales liberales estadounidenses y transferida a sus correspondientes europeos—, ellos pensaban que los elementos totalitarios buscaban controlar a los intelectuales independientes y sus actividades, así como reclutarlos en el engranaje propagandístico comunista.

Dominado por estos intelectuales liberales “antitotalitarios” norteamericanos, el CCF reflejaba la creencia de que debía asumir la enorme responsabilidad de preservar la democracia en el mundo. La misión del ACCF —como lo había sido del CCF, principalmente en lo referente a Europa— era politizar a los intelectuales norteamericanos que consideraba apáticos, persuadirlos de los peligros que el comunismo y adeptos significaban para Estados Unidos y el “mundo libre”, y de la lucha en contra del comunismo como causa de gran importancia.³ Así, el Comité, si no una organización pura de propaganda, era de indole política, y sus intelectuales aspiraban a con-

² Sobre el CCF y sus comienzos véanse Coleman, *Liberal*, 1989; Dittberner, *End*, 1979; Wald, *New York*, 1987; Hook, *Out of*, 1987; Kristol, “Memories”, 1983.

³ Kristol, “Memories”, 1983, Howe, *Marginal*, 1982, pp. 205-206; Phillips, *Partisan*, 1983, pp. 130, 158-159; Podhoretz, *Making*, 1967, pp. 277-280; Pells, *Liberal*, 1985, pp. 98-100.

¹ Kutulas, “Committee”, 1953.

vertirse en hacedores de la opinión pública anticomunista predominante en Estados Unidos.

Prácticamente, toda la vieja guardia antiestalinista de los años treinta, unida a una generación más joven de anticomunistas liberales, participó en el ACCF. Para mencionar sólo a los mejor conocidos, se encontraban allí los veteranos Sidney Hook, filósofo, líder del anterior Committee for Cultural Freedom y fundador del antitotalitarismo norteamericano, mismo que se convirtió en miembro central del comité ejecutivo del ACCF; el novelista James Farrell también del comité ejecutivo; el crítico Dwight Macdonald; el líder del Partido Socialista, Norman Thomas; los editores del *Partisan Review*, Philip Rahv y William Phillips, Sol Levitas, editor del *New Leader* y Elliot Cohen director del *Commentary*, revistas difusoras de la ideología y programa del CCF;⁴ los críticos literarios Diana Trilling, directora ejecutiva del Comité, su marido Lionel Trilling y Jacques Barzun. También había discípulos jóvenes, como los sociólogos Daniel Bell —uno de los activistas centrales en el comité ejecutivo de la organización—, Nathan Glazer, David Riesman y Seymour Martin Lipset; los historiadores Arthur Schlesinger Jr., Richard Hofstadter y Oscar Handlin; los periodistas Richard Rovere e Irving Kristol —quien también fue director ejecutivo del ACCF antes de

ser editor de *Encounter*, órgano del Congreso en Inglaterra; los editores de importantes periódicos nacionales como James Wechsler, Norman Cousins y Max Ascoli: el economista John Kenneth Galbraith, los críticos literarios Norman Podhoretz, más tarde postulado para la Junta de Directores de la misma organización y Jason Epstein; el decano de la Universidad de Harvard, McGeorge Bundy, y el líder de la organización central en defensa de las libertades civiles, Roger Baldwin. Estaban también intelectuales ex comunistas, hasta entonces ultraortodoxos, tales como James Burnham, Whittaker Chambers y Max Eastman, también miembros del Comité.⁵

Puesto que los patrocinadores provenían de otras asociaciones liberales centrales —principalmente de Americans for a Democratic Action (Norteamericanos para una Acción Democrática: ADA), la League for Industrial Democracy (Liga para la Democracia Industrial: LID), y la American Civil Liberties Union (Unión Norteamericana de las Libertades Civiles: ACLU)— la importancia del ACCF fue tal que se instituyó como un amplia coalición de liberales anticomunistas. Más aún, la membresía del Comité representaba un amplio espectro de la elite intelectual norteamericana ciertamente convertida, para los años cincuenta, al anticomunismo.⁶ Creían que su papel, a través del ACCF, era convencer

⁴ Acerca del papel desempeñado por las revistas en estas cuestiones véanse Bell, "Discent", 1962, p. 311; Hook, *Out of*, 1987, pp. 420-421; Conway, "Intellectuals", 1974, pp. 376-377.

⁵ Respecto a la transformación de estos conservadores, véase Diggins, *Up from*, 1975.

⁶ Sobre las similitudes entre algunas de estas organizaciones y el ACCF, por lo que toca al anticomunismo, véase Gillon, *Politics*, 1987,



a la comunidad cultural norteamericana para que participara en una "lucha responsable, seria y persistente en contra del totalitarismo y sus variantes, especialmente el comunismo —la amenaza actual más grande para las comunidades democráticas". La intervención conservadora de los derechistas, opositores de antaño a la política social y económica del presidente Franklin D. Roosevelt, al *New Deal* de los años treinta, y enemigos de aquellos liberales que idealizaban el Estado

benefactor, ciertamente subrayó el dominio del anticomunismo vehemente dentro del Comité y la desatención otorgada a otros asuntos.⁷

Políticamente, el ACCF pretendía unir y fortalecer la campaña oficial anticomunista, iniciada en 1947 por la administración del presidente Harry Truman —esfuerzos que el Comité consideró "alarmantemente descuidados" e "inadecuados" y que culminaron con el fortalecimiento de la funesta influencia política del senador

pp. 72-82, 109-111; McAuliffe, *Crisis*, s.a., pp. 85-91, 116-121; Navasky, *Naming*, 1981, pp. 48-51; New York Public Library, Norman Thomas Papers (en adelante NTP), caja 120, leg. ACLU, 1954, Thomas a Baldwin, 30 de diciembre de 1954.

⁷ Nash, *Conservative*, 1979, pp. 84-123. Para una amplia correspondencia entre liberales conservadores véase New York University, Tamiment Library, American Committee for Cultural Freedom Papers (en adelante ACCFP), caja 5, leg. 5.

Joseph McCarthy en 1950, hasta su caída en 1954.⁸

Al funcionar al unísono con la campaña macartista en contra del comunismo en casa, el ACCF debía ajustar sus conceptos y programas de acuerdo con sus simpatizantes y adversarios. El Comité, por tanto, se involucró en la feroz controversia que McCarthy y su caza de brujas generaron en los círculos intelectuales, controversia en la que este grupo tuvo una participación central. Así, las respuestas del ACCF al macartismo, durante la crisis de los cincuenta, incrementaron el desarrollo de sus ideas anticomunistas. Y en el curso de intensos debates ideológicos y a través de las polémicas en torno a la cuestión de la cruzada macartista, la ideología anticomunista de estos liberales —desarrollada casi veinte años atrás—, se definió con transparencia y esculpió claramente la identidad particular de su comunidad político-intelectual.

El ACCF y sus activistas se vanagloriaban de haber anticipado, como “voces en el yermo”, la lucha anticomunista desde finales de los treinta: mucho antes que McCarthy. Al florecer su influencia política, los miembros del ACCF afirmaron que, al intensificar la lucha anticomunista, McCarthy “realizaba un servicio público”, completando un papel que ellos mismos, como minoría y grupo fuera del go-

bierno, no habían podido desempeñar con eficiencia. Durante el periodo macartista, el Comité estuvo de acuerdo con los postulados de McCarthy respecto a la realidad de la conspiración comunista y a la necesidad gubernamental de localizar e investigar a los comunistas y a sus colaboradores. Como el senador, los miembros del Comité creían que el

enemigo es el comunismo [...] Sus filas incluyen a comunistas, procomunistas, filorrojos ó *fellow-travellers* [compañeros de viaje] entre los que incluían a simpatizantes del Frente Popular de los años treinta que simpatizaban con la causa comunista sin ser miembros del Partido Comunista, espías y agentes comunistas,

involucrados en la subversión y el espionaje. El ACCF se adhirió a McCarthy en la finalidad última de atacar a ese enemigo hasta “expulsarlo”.⁹

Pese a todo, la relación del ACCF con el macartismo rebasaba las simples cuestiones de apoyo del segundo al primero. Existían varios factores que afectaban la postura del Comité. Primero, estos liberales temían la crítica de los macartistas respecto a ser insuficientemente anticomunistas al apoyar su campaña o, peor aún, a ser acusados de comunistas o filorrojos. Segundo, puesto que la ideología de los liberales se había desradicalizado desde años anteriores, también temían ser identificados con la izquierda. Estas fuerzas los persuadieron para

⁸ Cauter, *Great*, 1978; Kutler, *American*, 1983; Wills int. Hellman, *Scoundrel*, 1976, pp. 10-11; Rorty y Decter, *McCarthy*, 1954, pp. VII-VIII. El trabajo de Rorty y Decter fue un estudio sobre el macartismo patrocinado por el ACCF y que reafirmaba las posturas oficiales de la organización.

⁹ Rorty y Decter, *McCarthy*, 1954, pp. 3-4, 13, 17, 18.

presentarse como antirradicales de izquierda y anticomunistas legítimos.¹⁰

Pero los liberales confrontaron problemas cuya raíz fue la historia de los líderes del ACCF, de ellos mismos como ex radicales de izquierda. Les alarmaba que los macartistas —quienes etiquetaban a todos los liberales como comunistas— los confundieran con estos últimos al no distinguir entre las varias ideologías y particularmente al ignorar su desradicalización previa, del paso de los antiestalinistas desde el socialismo hasta el liberalismo antirradical y anticomunista. Para no arriesgarse, el grupo buscó demostrar a McCarthy su fuerte compromiso anticomunista y su distancia, al mismo tiempo, de los comunistas y de los filorrojos liberales, que no eran anticomunistas y radicales de izquierda. Insistieron en las diferencias cruciales entre su propia ideología y las de esas tendencias políticas. Con frecuencia encubrieron su propia fase radical en el pasado, eliminando todo contenido socialista de su liberalismo, e incluso distanciándose de antiguos aliados que seguían profesando inclinaciones socialistas.¹¹ Un concepto significativo que los liberales anticomunistas crearon para manifestar su lealtad cabal a la lucha anticomunista y colocarse, como lo deseaban, en el mapa

político del momento, fue la categoría de “anti-anticomunistas”. Incluía esta categoría a aquellos que describían como “tibios en el comunismo”; no solamente a los filorrojos, sino también a todos los que no estaban suficientemente a favor de la campaña anticomunista o, peor aún, que la criticaban o actuaban en su contra debilitándola. En suma, la lista de “anti-anticomunistas” se componía de todos los críticos del comunismo desde la izquierda.

Cuando la cuestión de las libertades civiles de los comunistas y sus seguidores en relación al macartismo llegó a su punto crucial en 1952, los ataques recíprocos más intensos se produjeron entre los anticomunistas del ACCF y los liberales “anti-anticomunistas”, dirigidos por el Emergency Civil Liberties Committee (Comité de Emergencia de las Libertades Civiles: ECLC): el grupo discrepante de ACLU por creer que la Unión no aceptaba que los macartistas violaran las libertades civiles.¹² Mientras esos críticos afirmaban que McCarthy eliminaba derechos constitucionales relacionados con la libertad de expresión al investigar a individuos bajo sospecha de ser comunistas o filorrojos, el ACCF rechazaba tales acusaciones. Sus miembros negaban que la libertad constitucional de adherirse a cualquier ideología política hubiera sido violada. La posición del Comité era

¹⁰ ACCFP caja 7, leg. 4, Executive Committee Minutes (en adelante ECM), 1 de marzo de 1952; McAuliffe, *Crisis*, s.a., pp. 49-51; O'Neill, *Better*, 1982, pp. 298-312.

¹¹ Navasky, *Naming*, 1981, pp. 58-66; Pells, *Liberal*, 1985, pp. 319-321; Rorty y Dexter, *McCarthy*, 1954, pp. 17, 34, 35; Hook, *Out of*, 1987, p. 333; Wald, *New York*, 1987, pp. 270, 272, 277; Cauter, *Great*, 1978, pp. 170-249.

¹² En lo que toca al ECLC y las visiones anti-anticomunistas, véanse McAuliffe, *Crisis*, s.a., pp. 116-121; Navasky, *Naming*, 1981, pp. 50-56; Steele, *Freedom*, 1954; Barth, *Government*, 1955.

que solamente los comunistas eran quienes abusaban de las libertades civiles para fomentar su conspiración totalitaria. El comunismo era “un movimiento guiado por la conspiración y dirigida al totalitarismo, más que a otra forma de ‘disidencia’ o ‘inconformidad’”. Así, a diferencia de partidarios de credos “legítimos”, ellos no merecían tales derechos. De acuerdo con esta visión pragmático-populista, la mayoría de los norteamericanos poseía el derecho a decidir que el ideal comunista se oponía a los mejores intereses de su país y, por lo tanto, podía limitar las libertades de los comunistas. Respecto a los que argumentaban a favor de los derechos de los comunistas, los liberales del ACCF pensaban que McCarthy merecía más reconocimiento que esos críticos pues al menos él era un anticomunista genuino y categórico. También que sus oponentes, por el contrario, demostraban una negligencia irresponsable al defender los derechos de los comunistas, cuya expresión ideológica contribuía a promover la conspiración. En otras palabras, su idea era que la libertad estaba en mayor peligro con los anti-anticomunistas por su ataque a McCarthy, que con McCarthy mismo.¹³

¹³ Kristol “Civil”, 1952, pp. 228-236; Kristol, “Liberty”, 1952, pp. 493-496. La postura de Kristol fue la más publicitada por ser la más provocativa, pero muchas opiniones similares fueron expresadas en privado dentro del ACCF: ACCFP caja 7, leg. 4, ECM 1 marzo y 16 abril, 1952; y ACCFP caja 7, leg 4, ACCF Resolution, 29 marzo, 1952; Cohen a Hook, 30 abril 1952. Véase también Glazer, “Methods”, 1953, pp. 244-252; Bell, “Hard”, 1954, pp. 23-25; Phillips, *Partisan*, 1983, pp. 150-151, 174-176; Podhoretz, *Making*, 1967, pp. 288-291.

Mediante el ataque a sus enemigos liberales antimacartistas, los activistas del ACCF demostraron su propio compromiso anticomunista. Pero en sus críticas también deseaban implicar que ellos, los liberales anticomunistas, eran liberales genuinos y distintos de los liberales anti-anticomunistas. Los intelectuales del ACCF promovieron la idea de que había dos tipos de liberalismo: el falsamente honrado y cobarde de los liberales anti-anticomunistas o “tibios con el comunismo”, y el suyo, un tipo superior de liberalismo inflexible y realista, guiado por una visión moral e inspirado por un compromiso extremo con la libertad. Así, la necesidad de una reputación liberal con énfasis anticomunista, que motivó al ACCF a adaptar una retórica promacartista, también lo incitó a crear una postura política liberal que se consideraba totalmente separada de cualquier versión de liberalismo que no fuera anticomunista.

Pero lo que complicó su política anticomunista y su actitud hacia el macartismo fue también su necesidad de ser definidos siempre como liberales y de estar relacionados con los atributos tradicionalmente asociados a los intelectuales liberales: su asequibilidad a razonamientos, mayor educación y pensamiento crítico independiente. Ellos temían la etiqueta de conservadores que podía imponerles la izquierda si apoyaban mercadamente la cruzada macartista. Para evitar esto, desarrollaron un tipo singular de crítica a esta campaña: el juicio en el nivel técnico, que al mismo tiempo que mantenía su apoyo básico, también satisfacía una deseada autoima-

gen liberal. En suma, una postura que los colocara entre los macartistas en la derecha y los anti-anticomunistas en la izquierda. Tratando de manipular así su propia identificación política y su superioridad moral, pensaron que recuperarían el liderazgo no sólo de las comunidades liberal e intelectual, sino de toda la campaña anticomunista.

Los activistas del ACCF presentaron a McCarthy como un anticomunista legítimo, describiéndolo sin embargo, como un “demagogo vulgar”, conformista, reaccionario, ortodoxo, hambriento de poder e irracional. Y sus métodos, que debilitaban a la campaña anticomunista efectiva, fueron calificados como incompetentes y dirigidos por una “estupidez burocratizada”, totalitarios, técnicamente inadecuados e irresponsables. Por encima de todo, afirmaron que muchas de las tácticas estúpidas e ineficientes de los macartistas y las acusaciones ilegítimas que hacían eran el resultado de ignorar la esencia de las ideologías políticas y de una incomprensión aguda del tema principal, que ellos supuestamente dominaban: el comunismo. Su mensaje era que ellos —los liberales anticomunistas que poseían conocimiento secreto del comunismo y sus peligros, basado en la experiencia de las luchas antiestalinistas de los años treinta— sabían “cómo combatir el comunismo responsablemente”; esto es, con inteligencia y pragmatismo —recordando la relación entre medios y fines— de manera democrática y ética, mediante la preservación de los genuinos valores liberales.¹⁴ Sin em-

¹⁴ ACCFP, caja 7, leg. 4, ECM, 1 marzo 1952.

bargo, estos liberales no eran capaces de atacar a McCarthy directamente. Cuando las supuestas estrategias equivocadas del macartismo eran criticadas en declaraciones publicadas por el ACCF, ni el nombre del senador ni el término macartismo eran siquiera mencionados. En el momento cumbre del macartismo, en respuesta al temor de que “si atacamos a McCarthy podemos ser atacados”, una declaración pública suya se refirió a “ciertos hombres y grupos representados como oponentes militantes del comunismo”.¹⁵

Como consecuencia de las críticas cáusticas a los liberales anticomunistas de sus detractores en la comunidad intelectual, los miembros del ACCF esperaban que, al crear una impresión de desacuerdo con McCarthy, presentarían ante los círculos intelectuales una imagen admisible, no conformista y crítica. Deseaban probar que su estilo dependía de la verdad y de la sabiduría sin dañar su sinceridad y devoción a la causa. Intentaban ser considerados como defensores de McCarthy, pero lo ridiculizaban para distanciarse de la extrema derecha y de las masas promacartistas.

Rorty y Decter, *McCarthy*, 1954, pp. 13-14, 21-56, 86-103, 128-129; Glazer, “Methods”, 1953, pp. 244-252; Phillips, *Partisan*, 1983, pp. 179-180; Bell, “Interpretation”, 1964, pp. 57-58, 64-66; Glazer, “New York”, 1984, p. 35.

¹⁵ ACCFP, caja 7, leg. 4 ACCF Resolution, 29 marzo 1952. ACCFP, caja 7, ACCF, ECM, 16 abril 1952. La táctica de no señalar públicamente los métodos equivocados de McCarthy, cambió en 1954 cuando Rorty y Decter editaron su estudio que desenmascaró sus limitaciones en este sentido.

La urgencia por alejarse de la derecha produjo algunos conflictos en el seno del ACCF entre los liberales y la minoría de activistas conservadores, quienes no veían problema alguno en los métodos de McCarthy. Expuestos a una crítica creciente de la izquierda, los activistas del Comité llegaron a un punto donde temían que hasta los derechistas mellaran sus objetivos y su reputación en la comunidad liberal. Así, los líderes del Comité optaron por marginar a los conservadores. Sin embargo, respondiendo a su inquietud de que si los liberales atacaban a la derecha ellos mismos podían ser atacados, estos debates no se hicieron públicos y los conservadores permanecieron en la organización.¹⁶

La estrategia política singular que el ACCF desarrolló, como medio para enfrentar las presiones simultáneas resultantes de sus intentos por disculpar a McCarthy y criticarlo, forzó a la organización a mantener un balance delicado en su postura. Esta necesidad de enjuiciar satisfactoriamente a las fuerzas opositoras sin contradicciones obvias, produjo desavenencias entre los miembros de la organización; sin embargo, fueron sobre sutilezas y detalles que con frecuencia eran opuestos, confusos y falsos. Las polémicas eran superficiales y conducidas en un marco de convicción de que, fundamentalmente, la cruzada anticomunista de McCarthy era legítima.

¹⁶ Bell "Interpretation", 1964, pp. 64-65; Diggins, *Up from*, 1975, pp. 215-222. Sobre el debate alrededor de McCarthy entre los conservadores, véase Nash, *Conservative*, 1979, pp. 109-123.

ma. Por lo tanto, los conflictos internos no generaron ni cismas ni renunciaciones. Una gama de opinión anticomunista podría residir en el Comité. La crítica ideológica o moral, sin embargo, podía ser dirigida sólo hacia los adversarios de izquierda, pero sin discrepar de los fines últimos del anticomunismo y del macartismo.

La muerte del macartismo en 1954, combinada con las agudas polémicas adyacentes, el fin de la guerra en Corea y el surgimiento de lo que parecía "un clima internacional más cálido" hacia mediados de los años cincuenta, señaló el germen de una nueva fase para los liberales anticomunistas. Esta fue caracterizada por el enfriamiento del entusiasmo anticomunista, ya que el comunismo, tanto doméstica como internacionalmente, dejó de ser considerado peligro inmediato. Siguiendo una nueva tendencia, algunos miembros del ACCF repensaron el anticomunismo fanático. En especial, los miembros de la ADA —John Kenneth Galbraith, Arthur Schlesinger, Jr., Richard Rovere—, históricamente menos comprometidos con la filosofía antitotalitaria, redefinieron fácilmente sus políticas para crear así un nuevo consenso liberal. Al no identificarse con aquellos vengativos activistas anticomunistas que estaban "volviendo a luchar, en los años cincuenta, en las viejas y muertas batallas de los treinta y cuarenta", renunciaron al ACCF en 1955.¹⁷

Los líderes centrales del Comité rechazaron el escepticismo de los dis-

¹⁷ ACCFP, caja 7, leg 4., Schlesinger a Farrell, 16 marzo 1955.

dentes. Permanecieron hostiles al comunismo y hablaron acerca de la urgencia inalterable de “desenmascarar ilusiones acerca del comunismo e identificar las actividades comunistas en Estados Unidos”. Una vez más, al cambiar la atmósfera política, los liberales dimitentes forzaron al ACCF a examinar su política de línea dura, mientras que sus conservadores extremistas querían que el grupo se adhiriera a las posturas anteriores. Tras serias discusiones, derechistas como James Burnham salieron de la organización. Sin embargo, los activistas remanentes del ACCF, dirigidos ahora por los anticomunistas liberales —tales como Sidney Hook, Norman Podhoretz, Diana Trilling y Sol Levitas—, en su anticomunismo fanático, reafirmaron la postura extremista original, que continuaron apoyando dentro del Comité, como cuerpo activo, hasta 1957. En tanto, quienes habían roto con el ACCF representaban a la nueva corriente liberal, para la cual el comunismo ya no era el problema principal en la política norteamericana; los que permanecieron leales a la organización, se convirtieron en el símbolo de la ortodoxia anticomunista liberal por el resto de la década de los cincuenta.¹⁸

Sin embargo, la búsqueda de identidad y reputación de los liberales afi-

liados al ACCF no terminó en la era posmacartista. A la par de ajustarse básicamente al viejo idealismo anticomunista que los distinguía de los nuevos liberales de la corriente dominante, también trataban de adaptarse al nuevo espíritu del campo liberal más amplio. Todo con la intención de recuperar su imagen como liberales y ser reaceptados por la mayoría liberal. Se percataron de que para fundirse con el nuevo liberalismo requerían algunos cambios en su visión, y una de las primeras cuestiones reconsideradas fue el propio macartismo. Dado que la atmósfera general entre los liberales era de un incrementado rechazo del macartismo de principios de los cincuenta y de un distanciamiento mayor de la caza de brujas, para los veteranos del ACCF esto significaba una mayor crítica a McCarthy. Tenían deseos de reconocer los peligros planteados por las tácticas de McCarthy en contra de la democracia y encontraron más fallas en su estilo. Liberados de la necesidad de estar involucrados en un debate político inmediato, hasta mediados de los sesenta, su forma principal de crítica —o, como algunos liberales la llamaron, “reevaluación”— era el estudio profundo del fenómeno macartista. Como científicos sociales e historiadores que eran muchos de ellos, lo escrudriñaron en el nivel académico.¹⁹

Prominentes sociólogos liberales anticomunistas —tales como Daniel Bell, Nathan Glazer, David Riesman, Martin S. Lipset— y el historiador Ri-

¹⁸ Desde 1959, la única justificación para la existencia del ACCF, era que fungía como propietario legal del *Partisan Review*. En 1967 la revista se separó del Comité, el cual se disolvió como consecuencia. Se concluyó que el grupo había “durado más de lo que era útil”. Véase ACCFP, caja 6, leg. 4., ACCF, Board of Director Minutes, 30 abril 1967; Phillips, *Partisan*, 1983, pp. 162, 165-168.

¹⁹ Véanse los artículos aparecidos en Bell, *New*, 1955.



chard Hofstadter, de manera consensual, etiquetaron el macartismo como parte del fenómeno político sociológico de la derecha estadounidense y del anticomunismo reaccionario, que asociaron con las masas descontentas, frustradas, irracionales y antiintelectuales. Según su teoría, las masas pro-macartistas heredaron las tradiciones populistas de los pobremente educados y desplazados agricultores del medio occidente norteamericano y las recién colonizadas áreas del país durante las últimas décadas del siglo XIX. Ese estrato social, el "criadero de demagogos", había sido el origen del desenfreno y la sin razón. Los liberales anticomunistas dirigieron su crítica a estos sectores para evitar lo que ellos pensaron que podía ser la reemergen-

cia del anticomunismo reaccionario. Pero, más significativamente, al interpretar al macartismo en términos psicológicos, a través del concepto de "afán de *status*", los intelectuales concluyeron que la caza de brujas no había resultado de una ideología política ni había procedido de un liberalismo educado y razonado.²⁰ En vez de eso, el macartismo tenía que provenir de personas inferiores y peligrosas. Esta condena al movimiento, no era, por

²⁰ Rorty y Decter, *McCarthy*, 1954, pp. 104, 110; Bell, "Mood", s.a., p. 311; Bell, "Status", s.a., p. 123; Hofstadter, *Age*, 1955; Hofstadter, *Anti-Intellectualism*, 1962; Howe, "McCarthyism", 1954, pp. 213-215; Rogin, *Intellectuals*, 1967, pp. 9-30, 261-268; McAuliffe, *Crisis*, s.a., pp. 70-71; Pells, *Liberal*, 1985, pp. 151-155, 335-338.

lo tanto, una autocrítica ni un arrepentimiento de los liberales anticomunistas de años anteriores.

Los liberales anticomunistas no sacrificaron mucho de su postura fundamental de antipatía hacia el bloque soviético, ni siquiera cuando, a fines de los cincuenta, distanciados de los apasionados primeros años de la década, estaban más deseosos de modificar sus conceptualizaciones sobre la naturaleza del comunismo contemporáneo. La “desestalinización” y el nuevo régimen en la Unión Soviética, así como un bloque comunista que parecía menos monolítico que antes, los atrajo hacia los nuevos liberales de la corriente dominante, quienes reconocían al comunismo como un peligro decreciente. Algunos de los liberales anticomunistas estaban entonces dispuestos a cuestionar lo que ellos definían como una rígida “preocupación ingenua” sobre el comunismo e hicieron un llamado a la racionalización política. En una suave, renovada y más auténtica retórica, hablaron a veces de la necesidad de un “ciclo ascendente de flexibilidad, percepción verdadera, razón y confianza, que lleve a la paz”.²¹

Sin embargo, sus visiones anticomunistas ortodoxas fueron revisadas solamente hasta cierto punto y quizá de manera superficial. Los liberales anticomunistas otra vez revelaron que su deseo de fundirse dentro de la co-

rriente dominante liberal era conflictivo. Aun en la retórica alterada, los antiguos temores no podían ser suprimidos. Declararon que sus ideas modificadas por ningún concepto iban a caer “en la trampa de prestar ayuda y beneficio a los comunistas” y que “no tenían ilusiones acerca de la Unión Soviética”. Ciertamente, este grupo siguió mostrando dudas y reservas acerca de las posibilidades de un relajamiento substancial en la guerra fría y en el comunismo soviético, al percibir, después de todo, el nuevo espíritu de finales de los años cincuenta entre la mayoría de los liberales, como “ilusiones peligrosas”.²²

Para concluir, las convicciones anticomunistas de los liberales previamente afiliados con el ACCF y su autoidentidad colectiva como intelectuales dedicados a la “libertad cultural”, estaban muy enraizadas para permitirles rechazar su propio anticomunismo. No sólo su compromiso con el anticomunismo no se erosionó sustancialmente; los discursos posmarxistas de finales de los cincuenta revelaron un enfoque anticomunista, constante en su ideología, misma que reforzó el carácter distintivo de la política de los intelectuales que habían estado conectados con el Comité. Los consolidó como un grupo identificable, ya avanzados los sesenta, mucho después de que el ACCF dejara de ser su agente unificador organizacional. Vale señalar —y esto deberá ser motivo

²¹ Podhoretz, *Making*, 1967, pp. 292/293; Glazer, “Cuba”, 1962, pp. 514, 516; Howe, “Communism”, 1956, pp. 524-529; Howe, “Revival”, 1963, p. 110; Kristol, “Matter”, 1960, p. 55; Conway, “Intellectuals”, 1974, pp. 107-109, 112-116; Pells, *Liberal*, 1985, pp. 347-367.

²² Podhoretz, *Breaking*, 1979, pp. 47, 57-63, 66, 172-175; Podhoretz, “Cold”, 1962, pp. 56-58. ACCF, caja 12, leg. 2; ACCF, Newsletter, octubre 1956, pp. 6-7.

para un estudio adicional— que, como los años sesenta se resolvieron un periodo tumultuoso, caracterizado por controversias apasionadas entre estos intelectuales liberales y sus nuevos críticos de la “nueva izquierda”, el anticomunismo y su historia reciente se convertiría, una vez más, en eje central para la reputación de estos liberales, y formativo para su identidad metamorfósica.

BIBLIOGRAFÍA Y ARCHIVOS

-Barth, Alan, *Government by investigation*, Viking Press, Nueva York, 1955.

-Bell, Daniel, “The mood of three generations”, en Daniel Bell (comp.), *End of ideology*.

———, “Status, politics and the new anxieties: on the ‘radical right’ and ideologies in the fifties”, en Daniel Bell (comp.), *The end of ideology: on the exhaustion of political ideas in the fifties*, Free Press, Nueva York, 1962.

———, “‘Hard’ and ‘soft’ anti-comunism”, *New Leader*, 17 mayo 1954.

———, *The new american right*, Criterion Books, Nueva York, 1955.

———, “Dissent in the fifties”, en Daniel Bell (comp.), *The end of ideology*.

———, “Interpretation of american politics”, en Daniel Bell (comp.), *The radical right*, Double Day, Garden City, Nueva York, 1964.

-Caute, David, *The great fear. The anti-communist purge under Truman and Eisenhower*, Simon and Shuster, Nueva York, 1978.

-Coleman, Peter, *The liberal conspiracy the Congress of Cultural Freedom and the struggle for the mind of postwar Europe*, Free Press, Nueva York, 1989.

-Conway, Thomas J., “Intellectuals and american foreign policy during the cold war”, en Charles Kadushin (comp.), *The american intellectual elite*, Little Brown, Boston, 1974.

-Diggins, John P., *Up from communism: conservative odysseys in american intellectual history*, Harper and Row, Nueva York, 1975.

-Dittberner, Job L., *The end of ideology and american social thought 1930s-1960*, UMI Research Press, 1979.

-Gillon, Steven M., *Politics and vision: The ADA and american liberalism, 1947-1985*, Oxford University Press, 1987.

-Glazer, Nathan, “The methods of senator McCarthy”, *Commentary*, marzo 1953, pp. 244-252.

———, “Cuba & the Peace Movement”, *Commentary*, diciembre 1962, pp. 514, 516.

———, “Nueva York intellectuals – Up from revolutions”, *New York Times Book Review*, 26 febrero 1984.

-Hofstadter, Richard, *The age of Reform*, Alfred A. Knopf, 1955.

———, *Anti-intellectualism in american life*, Alfred A. Knopf, 1962.

-Hook Sidney, *Out of step: a unique life in the 20 th century*, Carroll and Graf Publishers, Nueva York, 1987.

-Howe, Irving, *A margin of hope: An intellectual autobiography*, Harcourt, Brace, Jovanovich, Nueva York, 1982.

———, “McCarthyism as malaise”, *Partisan Review*, verano, 1954.

———, “Communism now: Three views”, *Partisan Review*, otoño, 1956.

———, “A revival of radicalism”, *Dissent*, primavera, 1963.

-Kristol, Irving, “‘Civil liberties’; 1952-A study in confusion”, *Commentary*, marzo 1952.

———, “Liberty and the communists”, *Partisan Review*, julio-agosto, 1952.

———, “A matter of fundamentals”, *Encounter*, abril, 1960.

———, "Memories of a 'cold warrior' en Irving Kristol (comp.), *Reflections of a neoconservative: looking back, looking ahead*, Basic Books, 1983.

-Kutler, Stanley I., *The American Inquisition: Justice and Injustice in the Cold War*, Hill & Wang, Nueva York, 1983.

-Kutulas, Judy, "The Committee for Cultural Freedom and the origins of liberal anticommunism, 1939-1940", ensayo presentado en el American Culture Association Annual Meeting, Nueva Orleans, abril de 1993.

-McAuliffe, Mary Sperling, *Crisis on the left: Cold war, politics and American liberalism, 1947-1985*, Oxford University Press, 1987.

-Nash, George H., *The conservative intellectual movement in America since 1945*, Basic Books, Nueva York, 1979.

-Navasky, Peter, *Naming names*, Penguin Books, 1981.

-New York Public Library, Norman Thomas Papers, caja 120, leg. ACLU, 1954.

-New York University. Tamiment Library. American Committee for Cultural Freedom Papers (ACCFP).

-O'Neill, William L., *A better world. The great schism: Stalinism and the ameri-*

can intellectuals, Simon and Schuster, Nueva York, 1982.

-Pells, Richard H., *The liberal mind in a conservative age: American intellectuals in the 1940s and 1950s*, Harper & Row, Nueva York, 1985.

-Phillips, William, *A partisan review: Five decades of literary life*, Stein and Day, Nueva York, 1983.

-Podhoretz, Norman, *Making it*, Harper & Row, Nueva York, 1967.

———, "The Cold War and the West", *Partisan Review*, núm. 29, 1962.

———, *Breaking ranks: A political memoir*, Harper and Row, Nueva York, 1979.

-Rogin, Michel P., *The intellectuals and McCarthy: The radical specter*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1967.

-Rorty, James y Moshe Decter, *McCarthy and the communists*, Beacon Press, Boston, 1954.

-Steele Commager, Henry, *Freedom, loyalty, dissent*, Oxford University Press, Nueva York, 1954.

-Wald, Alan M., *The New York intellectuals: The rise and decline of the anti-stalinist left from the 1930s to the 1980s*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1987.